

LO REVERSIBLE Y LO IRREVERSIBLE. ENSAYO SOBRE LA REVERSIBILIDAD DE LAS SITUACIONES DE EXISTENCIA

FRANCISCO DÍEZ FISCHER

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires,

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

franciscodiezfischer@gmail.com

Philippe Grosos, *Lo reversible y lo irreversible. Ensayo sobre la reversibilidad de las situaciones de existencia*, Buenos Aires, SB Editorial, 2023, 126 pp.

Este libro de filosofía es extraño y excepcional por dos razones: su dedicatoria y su tema. Está dedicado a la memoria de un filósofo, Bernard Mabile (1959-2014), cuyo nombre y apellido coinciden exactamente con los de un humorista, Bernard Mabile (1947-). La coincidencia no significaría nada si este libro no fuera un libro de filosofía cuyo tema, de fondo, son el humor, la ironía y la tragicomedia. Desde el inicio, su intención podría ser la de provocar jocosos malentendidos (confundir al filósofo con el humorista; dar por muerto al que está vivo). La segunda razón es que, a primera vista, se ocupa de lo irreversible de la existencia, es decir, de situaciones que quisiéramos cambiar y no podemos. Ahí entran los fracasos y las frustraciones, los errores, las tragedias y las injusticias, las angustias y las decepciones; en suma, los dramas que acontecen en la vida. ¿Cómo tratando de estos temas puede ocuparse, en el fondo, del humor, la ironía y la tragicomedia? ¿La gravedad de los primeros no exige dejar de lado la liviandad de los segundos?

El argumento de incompatibilidad surge de una predilección natural que la

filosofía tiene por el patetismo. A los filósofos les atrae pensar los dramas de la vida, las situaciones límites, en últimas, la muerte. Eso parece alejarlos de la alegría de vivir o, al menos, de una alegría ingenua e inocente; por eso, un famoso hombre de cultura argentino (Eduardo Briancesco) opinaba que los filósofos eran seres tristes (basta recordar el gesto adusto y preocupado del *Pensador* de Rodin). La profundidad de su reflexión los ensombrece. Su crítica les aplaca el júbilo. Replicarán: “¡Hay razones suficientes!” Sin duda, pero ¿reflexionar y reír son verdaderamente incompatibles? ¿No es posible pensar riendo sobre temas graves? ¿Al filósofo sólo le cabe una ironía amarga lintera con el sarcasmo? En resumen, ¿en qué sentido este libro de filosofía puede tratar de situaciones trágicas y humor?

La síntesis de estas extrañezas se logra en la singularidad de su autor. ¿Acaso, un Sócrates recargado? No. Aquellos que nos hemos cruzado con Philippe Grosos conocemos a un filósofo profundo, que, al mismo tiempo, es alegre y divertido. No solo piensa con ironía, sino sonriendo y haciendo sonreír. Reflexiona sin perder humor y, por eso, ya es una excepción.

Su libro es la rara conjunción entre seriedad y alegría, agudeza y humor, tragedia

y comedia. Sin perder el primer elemento del binomio, da razones para el segundo. No se trata de su apuesta personal porque le haya ido bien en la vida, sino de ofrecer argumentos para tener alegría, alentar el humor y pensar la vida más como tragicomedia que como tragedia. ¿Cómo logra este prodigio? En pocas páginas (126 en total) y cuatro capítulos, cuyos títulos describen el vaivén de la vida: I. “La reversión de lo irreversible”, II. “Situaciones de existencia”, III. “Lo trágico y lo irreversible”, IV. “La reversibilidad de lo tragicómico”.

El punto de partida es el reconocimiento de que la filosofía piensa lo irreversible de las situaciones vitales, que la determinaría como tragedia, más que lo reversible, que la definiría como tragicomedia. “Reversibilidad” es una palabra que Grosos toma de la última frase en la última obra de Merleau-Ponty, *Lo visible y lo invisible* (1964). Allí dice: “la reversibilidad es la verdad última” de nuestra relación con el mundo. ¿Qué significa? Reversibilidad es una propiedad de nuestro cuerpo que se siente a sí mismo por el sentido más básico, el del tacto. Cada vez que toco algo o a alguien no solo siento lo tocado sino me siento sintiéndolo. Tocar conlleva ineludiblemente ser tocado por lo que toco. Sobre esa reversibilidad corporal se funda la reversibilidad de la vida. Algunas veces las situaciones trágicas de la vida se convierten en cómicas, y las cómicas en trágicas. Unas se transmutan en las otras y la vida da vueltas inesperadas. La alegría revive después de una gran tristeza, o viceversa. Por supuesto, eso sucede algunas

veces y sobre una irreversibilidad radical que es la del tiempo. El devenir temporal no se revierte, por eso, según la expresión de Jankélévitch, todo en la vida es *primúltima*, la primera y última vez. Grosos argumenta que, incluso frente a lo irreversible del tiempo, nuestra responsabilidad se mueve con una intención de reversibilidad. Frente a situaciones irreversibles, podemos pedir perdón, asumir las consecuencias o aceptarlas para no resentirnos. Entonces, la irreversibilidad no es la verdad última de nuestra relación con el mundo. La verdad última es la reversibilidad de las situaciones de existencia y la de nuestra intención. A causa de ellas, la vida parece ser por momentos irónica. La ironía no es solo un hecho del lenguaje, sino un modo de manifestación de lo real. Ese aspecto inesperado de la vida es el que la filosofía en su patetismo suele pasar por alto porque toma como modelo la tragedia (no casualmente ambas nacen juntas en Grecia). Sin embargo, la verdad última es la reversibilidad de lo tragicómico. La vida es tragedia y comedia, transmutándose inesperadamente. De allí la necesidad de tener humor que, como lo define Arnold Hauser en *El manierismo*, es la habilidad de mantener la distancia, no perder la cabeza bajo los golpes del destino y aún en caso de verdadera tragedia, saberla reducir a sus debidas proporciones. “Reversible” es así un nombre gracioso para “esperanza”. Las verdades últimas de la filosofía no amargan porque revelan el juego entre lo irreversible-visible y lo reversible-invisible gracias al cual, de forma inesperada, morimos y revivimos.